



NO SE CUIDA LO QUE NO SE VALORA

Por: Ernestina Tecú

Participante de la primera promoción del diplomado virtual: Cuerpos, Erotismos y Sexualidades



Foto: Ernestina Tecú

Diagramación: Pilar Isabel Salazar Argueta | Edición: Amalia Jiménez Galán



Esta frase con la que rompo el vacío de la página fue una de las que más vibraron en mí durante el proceso de sanación que realicé junto a Q'anil. La apunté en mi cuaderno y también en el cuerpo para no olvidarla, pues simboliza uno de los más grandes aprendizajes que dejó en mí el Diplomado de Cuerpos, Erotismos y Sexualidades del Centro de Formación, Sanación e Investigación Transpersonal Q'anil.

Estoy escribiendo esto una semana después de la aprobación de la iniciativa de ley 5272 en Guatemala. Esta política de odio se gana un espacio en este escrito porque me trajo al cuerpo muchas de las enseñanzas del diplomado. Y me parece que apunta a un manantial de energía creativa en mi cuerpo para compartir con ustedes, quiénes sean que lean mis líneas, un poco de mí, mi historia y mi sentisaber. Siempre disfruté mucho la forma en la que Chela Sandoval y Gloria Anzaldúa iniciaban algunos de sus textos en el libro Esta puente, mi Espalda. Me parecía una forma muy sincera de decir: “no tengo idea de cómo empezar este escrito. Y, mientras más tiempo paso en mi cabeza buscando una frase sofisticada para abrir, menos disfruto el fluir de la creatividad de las palabras por mi cuerpo.” Así que eso hice, y comencé a escribir.

Alrededor de estas fechas, hace un año, me encontraba en un momento turbulento de mi vida. Desubicada después de una reubicación geográfica, perdida entre ideas y emociones que negligenciaba por no comprender lo que me estaban diciendo. Y comenzaba un proceso formativo/experiencial con la certeza que me llevaría por buen camino. Es curioso, porque entonces no sabía explicar esa seguridad que sentía. No conocía la institución que lo ofrecía, apenas conocía de un par de horas a una de las personas involucradas, pero algo en el cuerpo me afirmaba que era lo que merecía y necesitaba. Hoy consigo poner en palabras que lo que sentía era movimiento, una pulsión erótica en el cuerpo que reconocía, en aquellas imágenes y videos de redes sociales, potenciales sanadores. Como esperaba, me llevó por buenas rutas.

Un año después, las memorias de esa época en el cuerpo se conjugan con sensaciones abrumadoras y terroríficas del sentir-saber a partir del avance de las políticas de odio en Guatemala. De pronto, aquellas redes sociales que hace un año me habían despertado el erotismo en el cuerpo, hoy me hacían sentir incomodada. Con miedo a abrirlas, por no saber qué otra noticia iría a encontrar. Sentí el exilio en el cuerpo, y por unos días, me encontré de nuevo en un espacio similar al de un año atrás.



Sin darme cuenta, pasaron varios días de desconexión entre mi consciencia y mi cuerpo. Escondida en mi cabeza, para evitar afrontar todo lo que el cuerpo sentía. Y después de un par de días, mientras intentaba ocupar la atención en otra cosa, el cuerpo me recuerda que está ahí. Y me recuerda, de golpe, todo lo que aprendí en los caminares con Q'anil.

“Vamos a tener que regresar al origen corporal e histórico de las heridas en nuestras vidas.” Yolanda Aguilar, primera sesión autogestionada del diplomado. 2021.

De alguna forma, ese movimiento que se nos proponía en nuestra primera sesión del diplomado hoy volvía a hacerse presente. Revisaba documentos del Archivo de la Policía Nacional, viendo álbumes con fotografías de aquellas subjetividades detenidas/ desaparecidas durante los 36 años de Conflicto Armado Interno. Y me vi. Me vi, como travesti, en todas esas fotos en las que al pie escribieron: “indeseable, peligrosx, formadx ideológicamente, amenaza...”. Me vi, como india, en todas esas caras que a veces me parecían estar en esos libros, solo por ser. Mi cuerpo conectó con esos cuerpos. Mi energía se encontró con esos orígenes históricos de los cuerpos indeseables en los territorios que nos despojaron y ahora llaman Guatemala. Revisité momentos en la historia, desde crónicas del siglo XVI hasta los primeros quince días de marzo del 2022. Y en todos, nuestros cuerpos siempre recibieron violencias. En todos esos momentos, sentí el odio en la carne. Y, en todos esos momentos, sentí las heridas que hoy sigo sintiendo en mi cuerpo.

No pude seguir. Tuve que detenerlo todo y parar a respirar. Sentir el batir de mi sangre en todo el cuerpo, la tensión en la carne que espera alerta el momento de huir, la avidez en la mirada y la percepción de mi entorno que me hace sentir intranquila, insegura. Y ahí, recordé que estaba en pleno tránsito del sagrado laberinto. El cuerpo no olvida, y ahora recordaba lo que todas estas sensaciones significaban. Además de saber lo que mejor podía hacer para habitarme en ese tránsito, que había empezado unos meses atrás, con mi visita a Guatemala y las noticias del nuevo día de la vida y la familia.

De ahí en adelante, todo fue muy claro. Entendí lo que sentía y me dejé sentirlo. Lo acogí, me acogí en ese sufrimiento de las memorias de violencias históricas y estructurales de las instituciones modernas y pósmodernas del “país” que me vio nacer y me quiere hacer y ver morir. Así como hizo y hace con mis abuelas, abueles, abuelos, hermanas, hermanes y hermanos indeseables.



Recorrí, en mi cuerpo, las historias y heridas que hoy se reavivaban. Las sentí, las expresé, las grité con toda la rabia que me hacía sentir el reconocer su persistencia histórica y estructural. Y claro que también las lloré. ¡Ay! ¡Cuánto las lloré! Y las reí cuando vino al cuerpo-mente una voz que me decía: “todo esto lo sabías, lo visitaste hace un año mientras sanabas junto a tus hermanxs en Q’anil”. Esa risa de ironía al reconocermé en un bucle de mi historia. La diferencia es que ahora abro nuevos hilos en cada bucle en el que caigo. Pues lo que surge de este momento, es algo nuevo. Emerge, entre el llanto, la rabia y las risas, una pulsión del cuerpo que con picardía me invita a subvertir.

Sería una pena que este bucle se repitiera de manera idéntica a las otras veces. Sin embargo, esta vez todo era diferente. Por primera vez, me reconocía en el medio del laberinto tan tempranamente. Por primera vez, dejaba de correr perdida y desubicada en ese laberinto, ahogada en la ansiedad de buscar una salida. Por primera vez, me detenía y respiraba en el pleno del tránsito. Me sentaba a sentir, llorar, sentir, gritar, sentir, rabiar, sentir, reír y sentir otro poco. Esta era la primera vez, en todos estos tiempos, que reconocía el momento que habitaba y me dejaba disfrutar el caminar en el laberinto. Y esto, en otras palabras, significa para mí: cuidarme.

Ese cuidado que me resulta taaaan erótico. Que hasta me sale una enorme sonrisa mientras lo escribo. Ya siento el placer solo de imaginar lo que cuidarme me hace sentir. En alguna página de mis apuntes escribí: “quiero y gozo de bientratarme, [...] de bien alimentarme, de cuidarme [...]” Lo disfruto porque siempre se me dijo que no merecía hacerlo. El cuidado de mí se convirtió en una subversión de esos sistemas de opresión que me quieren hacer y ver morir. Y por eso, el cuidarme y el bientratarme simbolizan metodologías de emancipación, inspirándome un poco en las teorías de Chela Sandoval. En todos los bucles anteriores de la historia de mi vida, nunca me detuve para cuidarme y bientratarme. Era hasta llegar exhausta al final de ese laberinto que me percataba de lo cansada y desgastada que estaba. Por tanto, cuidarme en este bucle implica inaugurar nuevas líneas de fuga y nuevos hilos de tiempo e historia en los que reclamo el poder que habita en mí para transformarme/nos.



El cuidado de mi vida y el cuidado de las vidas es una de las enseñanzas que más aprecio del tránsito por el diplomado de Q'anil. Que se dice y escribe (más o menos) fácil, pero supone toda una serie de movimientos y esfuerzos para verme, reconocermelo y apreciarme. Necesitaba observarme, verme mis heridas y mis manantiales de energía. Reconocermelo por lo que soy y no soy. Y apreciar cada parte de lo que soy. Sin expectativas ni medidas impuestas por terceros, sino con una mirada llena de compasión y amor. Así como la gata con la que convivo dedica tiempo a lamer cada parte de su cuerpo, yo decido dedicar tiempo a cuidar cada parte del mío. Y gozo del placer erótico que surge del cuidado de mí y del cuidado de las demás vidas. Porque lo que no se valora, no se cuida. Hoy, cuido de mi vida, porque la valoro. Y mucho. Y cuido de tu vida, y de todas las formas de vida, porque te valoro y las valoro. Y mucho.

Quisiera terminar este esfuerzo creativo con unas palabras que me las digo más a mí que a ustedes. Son muchos los aprendizajes y enseñanzas que Q'anil trajo a mi vida y a las de muchísimas otras antes de mí, y traerá a muchísimas más después también. Pero hay una en particular que aprecio muchísimo y no me dejo olvidar. Q'anil, como esa semilla de vida, no privilegia el momento de la siembra, ni el momento de la cosecha. Aunque mágicos y maravillosos, nuestra atención puede desenfocarse y quedarse estancada únicamente en estos dos momentos. Muy por el contrario, Q'anil me y nos propone privilegiar todo el caminar de un momento a otro. Ese proceso del cuidado de la Tierra, del riego diario, del calor de Sol y el abrazo y energía de Luna, del cuidado de las hortalizas y la convivencia entre ellas. De las lluvias bondadosas y las lluvias atormentadoras. No importa tanto el inicio o el final del tránsito. Lo que importa es el caminar. Porque es ahí donde aprendemos y es ahí donde y cuando la energía de la vida nos enseña. Es ahí, en ese movimiento, en el que la energía creativa de nuestras caderas gesta nuevas posibilidades y nuevas historias.